



OPINIÓN

JAIME ARANCIBIA,  
VICERRECTOR ACADÉMICO  
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

## LA VOCACIÓN PÚBLICA DE LA UNIVERSIDAD

**A fin de cuentas, todas nuestras universidades están en lo público. También aquellas que nacen del esfuerzo privado.**

El conflicto que está viviendo en la actualidad la educación superior vuelve a colocar en el debate la función de la universidad pública, la que suele contrastarse con la de la universidad privada. Vemos reaparecer la dialéctica entre lo público y lo privado, tanto al hablar de financiamiento, acceso a fondos de investigación, pluralismo o centralismo.

La tarea universitaria es siempre pública, por su relevancia para la generación y transmisión del conocimiento y por su trascendencia para ampliar horizontes en aras de una ciencia al servicio de la humanidad.

Quienes hacen universidad en serio trabajan en un ámbito que concita la mirada de todos, que desafía los intereses generales, que provoca a la cultura. Este es un ámbito propiamente público. Lo propio de una verdadera universidad es estar al servicio de la sociedad, decididamente abierta a la sociedad.

A fin de cuentas, todas nuestras universidades están en lo público. También aquellas que nacen del esfuerzo privado. Hay entre unas y otras, entre las públicas, entre ellas y las privadas, y entre las privadas, grandes diferencias. Estas no resultan de su origen, el que es secundario; lo primario es que la universidad satisfaga plenamente el interés público, social, general, en que ella sea

lo que debe ser.

El carácter público de una universidad pareciera viene dado por su pertenencia al Estado y por su financiamiento con recursos públicos. Fue el Estado chileno el que supo continuar con éxito la tradición universitaria que le precedía y ha sido, también, el que ha alcanzado, con su principal institución de educación superior, altos estándares en las humanidades y las ciencias. Quizá lo que hizo que se alcanzaran esos logros y esa posición destacada no fue el origen estatal, ni su consecuente condición de pública. Más parece que lo realmente determinante en aquella exitosa avanzada del conocimiento de la Universidad

de Chile fue su voluntad de ser centro de gravitación intelectual, donde prevalecieron los valores del conocimiento y de la racionalidad, que obraron, según dijera Millas, "como fuerza cohesionadora de nuestro mundo incoherente y disperso y como correctivo de las tendencias negativas de la sociedad masificada".

La pasión central de los universitarios, la causa directa de la excelencia académica, de la fama científica y del prestigio de la institución, fue, y sigue siendo, el amor a la verdad. La nostalgia de la verdad absoluta y la incansable búsqueda del científico y del investigador en todo campo o sector, es la razón de existencia de la

universidad. Ella incentiva, desarrolla y potencia cualidades de sus miembros que culminan en una docencia de excelencia, en literatura innovadora, en investigación básica y aplicada.

La razón de ser y el núcleo de toda universidad es la adquisición y transmisión del conocimiento teórico y práctico. Tras este objetivo los universitarios entregan su vida. Lo suyo es conocer, hablar, difundir y enriquecer el saber. Situados en tal perspectiva, los universitarios suelen crecer personal y humanamente; al buscar la verdad y al profundizar en el conocimiento, alcanzan una vida más plena, más lograda y esto es lo que los hace admirables, lo que los convierte en maestros y lo que motiva el anhelo de ser sus discípulos.

Estos mismos universitarios estudiosos, pensantes, descubridores, sabios y visionarios, son la fuente del mundo de la inteligencia. Es éste un mundo llamado a generar y a incorporar lo nuevo. Nuestra sociedad requiere innovaciones. Caminos nuevos para exigencias nuevas. Nadie como los universitarios para encontrarlos y ninguna institución más apropiada que la universidad para cultivarlos.

Parece que todo esto constituye medularmente un asunto público, una cuestión de interés general, una preocupación de la nación.